



A0283

25/08/1997

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FUNDACIÓN MAX AUB

Segorbe, 25-08-97

Señor Presidente de la Generalidad Valenciana, señor Alcalde de la ciudad de Segorbe, señor Presidente de la Diputación, señora Presidenta de la Fundación Max Aub, señoras y señores,

Quiero y debo, en primer lugar, agradecer muy sinceramente al pleno de la Corporación esta Medalla de Oro de la Ciudad de Segorbe. Para mí constituye un honor y una gran satisfacción ya que, aunque que mi trayectoria de relación con Castellón ya es bastante antigua, quiero decir que me honra muy especialmente ser distinguido por esta ciudad, capital del Alto Palancia, de larga y muy importante raigambre histórica, que tan bellamente ha quedado reflejada en sus calles y también en sus gentes.

Puede el señor Alcalde de Segorbe estar seguro del respaldo del Gobierno al desarrollo de esta comarca, apoyo que hago expreso con mi presencia, hoy, aquí, en este importante acto que nos convoca y que proyecta a Segorbe en el plano cultural.

Ha sido en distintas ocasiones en las que he tenido oportunidad de otorgar a la cultura el papel preeminente que le corresponde en una nación poseedora de un inmenso legado histórico y un mayor porvenir.

Cuando en mayo del pasado año se formó el Gobierno y atendiendo un claro compromiso personal, se fundieron en un solo Departamento las áreas de Educación y Cultura. Significaba eso un primer paso hacia la definición de una política cultural integrada, capaz de articular, de manera coherente, la acción de un Gobierno.

Resultaba indispensable, además, una más estrecha coordinación en el desempeño de las funciones educativa, cultural y de apoyo a la ciencia que corresponde al Estado; la creación de un único Ministerio tiende a hacerlas posibles. Pero era preciso, además, llevar esa coordinación a todo el Gobierno; por ello, decidí impulsar, y creo que está resultando de gran utilidad, la creación de la Comisión Delegada del Gobierno para Asuntos Culturales, que yo mismo presido.

En definitiva, se trata de dotar a España de todos los instrumentos necesarios para hacer cada vez más real, más posible, esa idea de España como gran potencia cultural que, sinceramente, creo que debemos todos fomentar.

Pero, más allá de la mejora de los mecanismos de decisión y de coordinación, hemos pretendido impulsar una política cultural honda, ambiciosa e imaginativa. Era preciso beber, sin complejos ni mezquindades, en nuestra historia y era necesario acercarnos con decisión a todos aquellos que han contribuido a forjar nuestra identidad como nación.

Fíjense ustedes que Max Aub no es español de nacimiento; es español de vocación. No es, por decirlo de esa manera, obligatoriamente español; es voluntariamente español, vocacionalmente español.

Hoy podemos reunirnos, sin exclusiones, en torno a Cernuda, a García Lorca, a Azaña, o a Max Aub, o a quien queramos, sin apropiaciones, tomándolos íntegramente, con profundo respeto a lo que cada uno de ellos representa e integrándolos en una idea de España amplia, tolerante y sinceramente liberal.

Si el sectarismo siempre es estéril y rechazable, su aplicación a la cultura es, además, o puro absurdo o simple necesidad. Abrirse a la cultura es abrirse a la razón, a la convivencia, al conocimiento, a la tolerancia o al entendimiento; a todo lo contrario de lo que, a veces, expresan algunas militancias culturales. Unir a los españoles por la inteligencia es una aspiración que han tenido muchos, que tenemos muchos, y que queda reflejada, por cierto, en el legado de Max Aub y expuesto en una excelente carta que su amigo Camilo José Cela le envió allá por los años 50.

Desde que la biblioteca y el archivo de Max Aub llegaron al Ayuntamiento de Segorbe, han sido muchas las instituciones que en los últimos cinco años han participado en la recuperación de su figura y de su obra.

Vaya, por lo tanto, a los impulsores de esta idea mi más cordial felicitación y vaya también mi felicitación a las Universidades de Valencia, a la Jaime I de Castellón, a la Complutense de Madrid, que ha celebrado la semana pasada un interesante seminario dentro de los "Cursos de Verano", así como a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Diversas iniciativas también del Ayuntamiento de Valencia y de la Diputación Provincial han contribuido decisivamente a difundir la obra de Max Aub. Entre ellas, cabe mencionar la cuidada edición por el Ayuntamiento, en 1996, de las Actas del Congreso Internacional que reunió en Valencia y en Segorbe a un nutrido y selecto grupo de hispanistas en torno al autor, así como el impulso que desde la Diputación se está dando, en estos momentos, a la edición crítica de sus obras completas.

La puesta en marcha de la Fundación Max Aub, con el compromiso de las instituciones que ahora se integran en su Patronato y la generosa colaboración de la familia, cristaliza, pues, el esfuerzo realizado durante los últimos años.

Y quiero destacar que éste no es un proyecto aislado. El pasado mes de mayo, como recordaba el Alcalde, en la Residencia de Estudiantes, cuyo director aquí también nos acompaña, probablemente envidioso de no haberse quedado él con el legado, se recibía entonces el legado de Luis Cernuda, un conjunto documental de excepcional interés, recuperado y enviado también desde México, destino de tantos exiliados después de nuestra guerra civil.

Pero ahora déjenme que les hable, aunque sea muy brevemente, de la figura que nos ha traído hoy aquí, de Max Aub. En su literatura y en su vida, que en él son equivalentes, practicó aquello en lo que creyó y creó aquello que practicó.

Todavía a estas alturas, quizás algunos pueden preguntarse quién fue Max Aub y, en verdad, habría que decir quién es Max Aub. El profesor Ignacio Soldevila, que nos ha explicado quién fue Max Aub, ha acabado su intervención preguntándose quién es Max Aub. También en esa exposición que antes de entrar en esta Sala hemos visitado, en la cual se reflejan algunos de los elementos interesantes de la correspondencia de Max Aub, para que algunos se den cuenta de que las visitas siempre son interesantes, Jorge Guillén le pregunta a Max Aub: "¿qué es de tu vida, Max?". Eso es ahora preguntarse quién es Max Aub.

¿Qué es de la vida, qué es de tu vida, de ese gran forjador de palabras que continúa habitando entre nosotros, sobreviviéndonos en su obra, en su vida y en sus hechos?

Yo creo que su voluntad y su anhelo fueron dirigidos siempre en una dirección, que no es poco: ser persona. Su humanismo impregna todas y cada una de sus páginas, enriqueciéndolas a ellas y enriqueciéndonos a nosotros.

El poder subyugante de lo mediterráneo fue crucial en la vida de aquel joven, español, como he dicho, por voluntad propia, y europeo y universal. El carácter latino de su naturaleza nunca le abandonaría, aun siendo hijo de alemán y de francesa, aun habiendo nacido en París, aun siendo una persona cosmopolita. El nacionalismo no podía tener cabida en un hombre reciamente liberal como él lo fue.

Novela o poesía, teatro o ensayo, los géneros recorridos por Aub son plurales; pero la coherencia interna se mantiene siempre. La suya es una evolución natural, la de un hombre atento a la vida, de la que se nutre y a la que nutre. Esto da por resultado una obra literaria de enorme diversidad, con cruces, con múltiples encuentros, incluso con choques, propia de una vida plena de vivencias. Pero no nos engañemos: estamos ante un autor entero, cuya plenitud creativa se demostraba, una y otra vez, en la calidad y en la capacidad de llevar a cabo sus proyectos más ambiciosos.

Entre otras cosas, el autor español nos enseñó el sentido profundo y el valor auténtico de lo que es aprender: aprender de la vida, aprender de nosotros, aprender de nuestros errores incluso; adoptar una actitud abierta ante los avatares y acontecimientos, sin concesión al abandono ni al derrotismo moral.

La suya fue una actitud de permanente aprehensión de todo aquello que le pudiese enriquecer como persona, y esa porosidad es el mejor soporte para la tolerancia como valor superior.

De una cultura extraordinaria, Max Aub era, además, y, sobre todo, un creador. Hombre profundamente inquieto, comprendió perfectamente que la cultura es una herramienta para lograr nuestra mejora personal y enriquecimiento.

La cultura es generosidad y de nada nos sirve su atesoramiento si no somos capaces de dar y de ofrecer.

En verdad, se trata de un hombre profundamente ilustrado, en la acepción clásica del término: el saber es un camino y el comprender, el aprehender, una de las metas.

Su imaginación poderosa nos trasplantaba a ámbitos teóricamente alejados, a mundos fantásticos, a personajes singulares. Pero, incluso, hoy es posible percibir, con toda nitidez, su capacidad de disección social, psicológica o personal.

En Aub lo imaginario no es un limbo sin contacto con la realidad, sino una realidad contada, analizada de otra manera. Como ha dicho muy recientemente Antonio Muñoz Molina, "lo que hace Aub, usando lo imaginario, es explicarnos el negativo o la sombra de lo real".

Permítanme también que subraye su sentido ético, porque en Aub, como ha dicho Elena, la vida es compromiso; es decir, no hay sólo que vivirla, sino compartirla, hacerla mejor, más grande.

Su vida demuestra aquí una gran coherencia. Luchó por lo que creyó. Su apoyo a la causa republicana le obligó a exiliarse. Fue éste un desgarramiento interior muy sentido, que le marcó de una forma indeleble. Vida y literatura, otra vez, se cruzan y fructifican, se encuentran y se funden.

Y ya es hora de decirlo abiertamente: para mí, y espero que cada vez para más personas, Aub representa no sólo un magnífico exponente literario, algunas de cuyas páginas he tenido ocasión de repasar en mi descanso castellanense, sino también un ejemplo como concepción de la vida. La suya es la figura excelsa de lo mestizo; la mezcla, el intercambio, sólo pueden ser creadores, positivos. Y en Aub alcanzan su plenitud.

Es necesario, es justo, reivindicar la pluralidad como valor en sí. No hay mejor democracia que la practicada personalmente, no hay mejor literatura que la sentida vocacionalmente. Y las enseñanzas de Max Aub todavía perduran, se mantienen, y, de alguna manera, nos mantienen como un asidero de sabiduría y de humanidad.

"¿Y qué es de tu vida, Max Aub"?, como decía Jorge Guillén; o "¿qué es de Max Aub?", nos preguntaba Ignacio Soldevila. Pues, escuchando a Elena Aub, tal vez nos pudiéramos haber ahorrado -- nunca tiene que faltar un poco de humor, incluso en actos tan solemnes como éste-- todos estos discursos, porque lo ha dicho muy bien. Además de ser su padre, ha dicho que escribió, que trabajó mucho y que nunca se hizo rico. Y las tres cosas hay que decir que están muy bien.

Ha añadido Elena Aub una última cosa, y es que espera alguna ayuda para la Fundación. Lo ha dicho dirigiéndose a mí. Yo ahora, dirigiéndome a ella, la voy a estimular a que aproveche los entusiasmos fundacionales; por lo tanto, de aquí a lo que nos queda, que aproveche no tanto para pedir, sino para explicar aquello que es conveniente para arrancar la Fundación Max Aub.

A mí ya sólo me queda agradecer a todos su presencia en este acto: al Ayuntamiento de Segorbe y a la ciudad de Segorbe su grata acogida y el alto honor que me ha hecho concediéndome su Medalla de Oro; A todos ustedes por estar presentes en este acto; a los directores y a la presidenta de la Fundación Max Aub, para darles mi felicitación y mis mejores deseos, y a todos los responsables de la Comunidad Valenciana, de la provincia de Castellón, para pedirles que cuiden esta Fundación Max Aub, ejemplo de buen hacer en las cosas de la cultura española y universal.

Muchas gracias a todos.